

El narrador imprevisto

Juan Ángel Juristo

No descubro nada nuevo al afirmar que Luis Magrinyà es uno de los escritores más sorprendentes y cabales de nuestra narrativa desde que, en 1993, se lanzase al ruedo literario con un libro de cuentos del que hay que decir que, por lo menos, produjo cierta sorpresa, *Los aéreos*, al que siguió dos años más tarde *Belinda y el monstruo*. En esta obra muchos vieron una renovación del género en una década, la de los noventa, donde se había instalado de modo ya incuestionable entre los narradores la vuelta a una manera tradicional de narrar en detrimento de los experimentos de años anteriores, más acordes con las actitudes de las vanguardias, por mor de una rentabilidad editorial que estaba dando resultados contantes y sonantes en unos tiempos de expansión del sector. La evolución posterior de la obra de Luí Magrinyà es conocida y meritoria, baste señalar títulos como *Los dos Luíses*, novela con la que ganó el Premio Anagrama en el año 2000, *Intrusos y huéspedes* y, por último, *Habitación doble*, una novela donde se plantea la convivencia entre padres e hijos en unos términos tan curiosos como impertinentes y alejados de cualquier corrección política que causó cierta impresión por la inclusión de algunos temas no tratados hasta entonces de esa manera. Por ejemplo, la creación de personajes como el de una editora cincuentona que es muy consciente de que sólo debe editar novelas malas, los avatares de un artista conceptual de gira por el Nilo, la descripción excelente de un traficante de droga que lee con vehemencia *David Copperfield*,

Luí Magrinyà: *Cuentos de los noventa*. Editorial Caballo de Troya. Barcelona, 2011.

de Dickens y el juego azaroso de la fortuna de un hombre al que han violado y que, gracias a ello, consigue un maravilloso dúplex en Ámsterdam, todo ello aderezado con la datación de estos acontecimientos mediante recursos un tanto extravagantes, como aludir al atentado de Bombay donde se encontraba Esperanza Aguirre para sugerirnos el día exacto en que transcurre la historia contada, cosa que se explica, como él no se cansa de señalar, porque el elemento transgresor de la narratividad ahora consistiría en contar una historia que ningún periodista medianamente serio compraría por inverosímil, es decir, un refugio donde subsistirían los últimos modos en que las historias pueden respirar a su modo, libres de las ataduras de los tópicos y de las imposiciones de los medios de comunicación y la industria editorial.

Ahora, de nuevo, y con la inclusión de cuatro relatos editados por primera vez en un libro, acaban de publicarse bajo el título de *Cuentos de los noventa*, los relatos de que constan *Los aéreos* y *Belinda y los monstruos*, una edición necesaria por varios motivos, desde luego y en primer lugar, porque son ya libros inencontrables desde hace años y, es una obviedad pero conviene recalcarlo, porque la excelencia de estas narraciones y la significación que tuvieron en su momento así lo exigía. Habría que apuntar que la edición se completa con un prólogo largo, puntilloso, prolijo e iluminador, de Constantino Bértolo, quien fue quien publicó aquellos libros cuando dirigía la Editorial Debate y es el responsable, ahora, de haber vuelto a editarlos en Caballo de Troya, y un epílogo donde entre el deje nostálgico y la lucidez que otorga un ejercicio medido y consciente del oficio, Luís Magrinyà narra las vicisitudes, con tintes surreales mezclados con unas secuencias dignas de la prosa descarnada del Código Civil pero que nos dan una imagen cabal de cómo era la edición en aquellos años, por la que pasó *Los aéreos* hasta que fue publicada de un modo realmente azaroso por Debate.

Para quien haya leído las novelas mencionadas de Magrinyà y se enfrente por vez primera a *Los aéreos* notará una discordancia reveladora: pese a su juventud el autor de este libro de cuentos posee una madurez literaria que revela a un escritor cabal y con una conciencia profunda de las herramientas con que cuenta y los designios a que esas herramientas pueden llevar. No es un caso

más de adolescencia literaria sorprendente. Lo primero que llama la atención del libro es el tono del prólogo del autor, un prólogo muy aquilatado que muchos pueden confundir con pretencioso donde da fe de las características de los personajes aéreos «Los héroes de este libro, que ciertamente apenas tienen peso y comparten cualidades con la ingravidez, están suspendidos a ras de suelo, o tal vez un poco más allá, en una altura, en todo caso, poco categórica». De ahí a la querencia por la ascensión o el abismo no hay más que un paso y la creación de personajes como Martín Fourbeau o Víctor dan la medida de hasta dónde pueden llegar los seres dotados de esas cualidades. En los cinco cuentos que componen el libro, Magrinyà es un autor proclive a establecer sus relatos en una extensión que los semeja a *la nouvelle* y donde parece estar en su elemento, hay dos que destacan por su perfección formal y no en vano constituyen el núcleo central del libro, «Siervos y señores» y «Conformidad» que remiten en cierta manera a los intrincados laberintos mentales de la prosa de Henry James, sobre todo en el modo en que los personajes se relacionan con la inmediata realidad, conformando así unas narraciones de una perfección formal tan poco usual en aquellos años que no fue de extrañarla sorpresa que produjo entre la crítica, poco acostumbrada a esos alardes.

Belinda y el monstruo es, al igual que el libro anterior, un conjunto de relatos, en este caso uno más si se considera así el titulado «Apéndice: la buena suerte», con una temática también unitaria, en este caso el amor, o mejor, las relaciones curiosas, siempre disímiles, la mayor parte de las veces extrañas y, en todo caso, desiguales, que se producen entre las bellas y sus adoradores, ya sea en forma de idólatras, de bestias, de delincuentes, de seres siniestros, próximos incluso a la depravación. De lo dicho no debe deducirse ningún rasgo costumbrista, ninguna escritura proclive a la pincelada expresionista, desgarradora, no, lo que sí hay, y a raudales, es una prosa que se inclina hacia lo irónico, hacia la malicia narrativa, como bien indicó Eloy Tizón en una reseña que dedicó al libro en su momento, hasta llegar a conseguir un entendimiento cabal de lo que es un texto literario. Ello se logra muchas veces, ya digo, con el gesto a media distancia del tratamiento irónico, pero también, como en el caso del último relato, con un guiño

literario que es capaz de utilizar un género, el detectivesco, para dinamitarlo desde dentro a fuerza de incidir en el lado más cómico del asunto.

Los relatos que se añaden, inéditos en libro, poco tienen que ver con los volúmenes anteriores, pero son una muestra exacta del arte narrativo de Luís Magrinyà aunque sorprendan por su inusual poca extensión si nos atenemos a los relatos largos a que el autor nos tiene acostumbrados. En especial el titulado «Nueva York (viaje de trabajo)» es una buena muestra de sus mejores cualidades literarias al tratar un trozo de prosa perteneciente a una bitácora de trabajo y realizar con ella un relato que se aproxima a la ficción, lo que recuerda un poco los espléndidos diarios de trabajo de Henry James donde se tratan novelas inexistentes que el autor nunca llegó a escribir como si éstas no sólo fueran un proyecto sino en cierta medida casi una realidad. Esta inmersión radical en el mundo narrativo, sin concesión alguna a otros resquicios que se puedan colar en el texto mismo, es la gran característica del carácter de Magrinyà como escritor. Estos dos libros de cuentos muestran ya ese carácter como algo definitivamente establecido. Sigue sorprendiendo ©